

PRIMERA PARTE

---



I

CARNAVALINA

— ¡Nila! ¡Uh, uh!

— ¡Arrea, vieja, que llora el chico!

— ¡Nila, Nila!

Era una carrera desenfrenada, loca, y aun pudiera decirse que era una cacería salvaje. La mendiga corría, corría, como poseída de un vértigo, con su cabello desgredado y suelto, sus ropas rasgadas, de las cuales la barbarie de sus perseguidores había colgado un cordel y una esquila. Corría, como poseída, no ya del instinto supremo de conservación, sino del horror infinito á los hombres.

— ¡Corre, vieja! ¡Uh, uh!

No era una vieja; porque en sus ojos ardía el vívido fulgor de la cuarentena y sus pies desnudos corrían ágiles sobre la carretera polvorienta. Pero había en su frente arrugada, en su cabello casi blanco, en sus sienes hundidas algo de prematura senectud.



— ¡Corre, Nila, corre!

Y Nila corría, perseguida de cerca por todo un pueblo cubierto de percalinas policromas y atavíos chillones, embadurnado de bermellón y yeso. Todos sentían allí la embriaguez carnavalesca, pero embriaguez que adquiriría aspectos de barbarie. El pueblo es soberano cuando la civilización le redime; entretanto es esclavo ó es déspota. Al desatarse su crueldad, por ancho que sea el horizonte, por dilatados y grandiosos que parezcan sus límites, las montañas, los bosques, los acantilados del mar son paredes de ergástula.

¿Quién ha dicho que todos los hombres son iguales? No: todos los hombres no lo son, porque unos son buenos y otros son malos, unos piadosos y otros crueles, unos sabios y otros idiotas. ¿Quién ha dicho que todos son soberanos? No lo es el niño, ni el loco, ni el criminal. No puede serlo el que carece de cultura ó virtud.

Declamad cuanto queráis, impenitentes kantianos. La mayoría es siempre brutal y sanguinaria. Ella fué la que arrojó al esclavo á las fieras; ella quien torturó á los reformadores, quien impuso el Terror, quien aclama hoy mismo á los Césares victoriosos ó á los anarquistas fanáticos.

El mayor enemigo del pueblo no es el Rey, ni el inquisidor, ni el caudillo, ni siquiera el verdugo. Es el analfabeta.

Nila rodó en el polvo. Mas al punto levantóse

como una cervata herida y emprendió nuevamente su huída con dirección al río.

— ¡Dejadla, brutos! — gritó entonces Juanillo el herrero.

La energía tiene siempre algo de generoso. Aquel hombre fornido, de atlética musculatura, era el primero en darse cuenta de la crueldad de la villana persecución. Además veía á lo lejos á su mujer sana como una cereza, rodeada de gordiflones chicuelos. ¿No correrían ellos también algún día, acosados como res montaraz, sintiendo en sus espaldas febriles los puñados de fango?

— ¿Para qué es carnaval? — chilló un hombre-zuelo de fisonomía abotargada por el alcohol. — Lo es y hay que divertirse. ¡Corre, Nila! Y arrojó sobre ella una piedra con tal acierto, que, hiriendo á la loca en la cabeza, la derribó de nuevo. El pueblo prorrumpió en un tremendo alarido, pero aquel alarido no era de compasión. Su Majestad la plebe estaba satisfecha, la sangre corría. Á la ridiculez de la farsa carnavalesca, sucedía por fin la sublimidad de lo trágico.

Alzóse Nila. La acorralada mujer era invencible en su pavor. Por sus cabellos corría un hilillo de sangre roja. Volvióse y enseñó el puño descarnado y nervioso á la muchedumbre. Después tornó á correr y reanudóse el ojeo.

El villorrio quedaba ya lejos, reflejando en su torre puntiaguda y barroca el sol poniente que



doraba los cercanos y agostados trigales. Llegaban á las huertas que bordeaba el río. Á la izquierda, algo separado del camino, se alzaba un risueño edificio entre palacio y granja, circundado de un verdadero bosque de plátanos y almendros en flor. Á la derecha estaba la pendiente y abajo la vega, sobre cuyos verdores las golondrinas y los vencejos pasaban en bandadas, trazando círculos gigantes y atronando el aire con sus chillidos.

Allí, sobre el borde mismo de la vertiente, casi con un pie en el abismo, la loca se detuvo; había encontrado en el suelo un cuchillo roto y le blandía amenazadora, con cierto inspirado ademán de sacerdotisa pagana. Su figura era esbelta y su faz dolorida como la de una andrajosa Niobe. El sol ya moribundo la alumbraba con resplandores tétricos. Vuelta hacia la infame turba, la desafiaba puesta en pie sobre una roca insegura, erguida, firme, con su cabellera suelta, tinta en plata y en sangre. Todo el mundo se detuvo por fin, como sorprendido por aquel nuevo y maravilloso espectáculo.

Entonces fué la mendiga, la loca, la mujer débil y acorralada, quien lanzó un misterioso y triste sonido gutural que nada tenía de humano.

— ¡Uh, uh!

Era el débil canto nocturno del cárao ó autillo. Era el sonido entrecortado é isócrono del ave agorera que durante la noche hiende las sombras como un presagio. Oyéndole se sentía un hondo

estremecimiento; porque aquel canto, que tenía tanto de lamento como de funesta amenaza, no era un grito consciente, no podía salir de labios humanos, á menos que en su dueño hubiérase extinguido la luz de la razón.

Sólo diez personas, contando á Nila, habían llegado hasta allí. Entre ellas estaba el Alcalde, especie de cacique rural, de mirada de imbécil; mostrábase vestido de payaso, y su disfraz, que fué sin duda blanco, aparecía salpicado de barro y vino. Cerca se columpiaba con un movimiento y compás de balanceo Diego el albéitar, el filósofo y refranero de la aldea; después Juanillo el herrero, llevado allí más por instinto que por crueldad; luego cinco ó seis mocetones adornados de prendas femeniles y armados de escobas y sartenes. Por fin la tía Geta, monstruo híbrido de mujer y tigresa, personaje obligado en todas las escenas de barbarie ó de crueldad.

— ¡Matarla! — aulló la arpía.

— Respete usted mi autoridad — masculló el Alcalde.

¡Su autoridad! ¡Buena estaba su autoridad allí, cubierta de andrajos, pintada de albayalde, salpicada de peleón, rodeada de bárbaros sin entrañas, al borde de un abismo cenagoso, persiguiendo á una pobre indigente bañada en sangre. Él no debió darse de ello cuenta porque dijo *mi autoridad*, como pudiera decir Filipo: *soy vuestro rey*.



Aquella escena no podía ya prolongarse. El sol había traspuesto las lejanas colinas y la noche llegaba á más andar. Pero todo no debía quedar así. Los perseguidores no podían quedar burlados, detenidos por una mujer que imitaba el canto de un pájaro. Además la crueldad tiene eso: una vez incitada ha de ser satisfecha como el ogro de Andersen ó Perrault. La farsa comenzada con brochazos de saturnal tenía que acabar con pinceladas de spoliarium.

Nadie vió que por el camino avanzaba un jinete seguido de un pequeño espolique. Era una mancha negra y austera en aquel cuadro de colorín. Parecía mirar con curiosidad aquella escena, para él todavía lejana, en tanto que regía su negra y mansa cabalgadura. Era un hombre como de treinta años, afeitado completamente, de rostro enérgico y de regulares y esculturales líneas. Vestía pantalón, chaleco y americana negros, tan negro todo como sus rizados y abundantes cabellos ensortijados sobre sus sienes pálidas, como sus ojos vivos y enormes, en los cuales había algo de tristeza invencible, de irremediable dolor, como acostumbrados á ver horizontes lejanos y glorias frustradas.

Nadie se dió cuenta de la imprevista aparición. Un nuevo incidente había surgido y no era el menos interesante.

De la granja había salido un enorme mastín de pastoreo y había llegado hasta el grupo. Parecía

interrogar con sus ojazos pardos. Un aullido salvaje escapóse de la garganta de la tía Geta. Sujetó del cuello al perrazo y comenzó á acariciarle con júbilo, con estremecimientos vesánicos. Después le arrojó sobre la inmóvil figura de Nila.

— ¡Anda con ella, Tigre! — gritó.

El perro partió como una centella hacia la infortunada mendiga. Al primer empuje rodó la infeliz, no sin sepultar su cuchillo en las entrañas del animal. Éste clavó su dentadura feroz en el hombro de Nila, y la sangre de los luchadores brotó, por fin, abundante, tibia, rojiza, á raudales, como los espectadores de aquel drama anhelaban sin duda.

Era una lucha desesperada, acompañada de gritos, de rugidos, de alientos sofocados y roncós, prolongada por rabiosos esfuerzos que tenían tanto de acometimientos salvajes como de convulsivos sacudimientos de agonía.

Y entonces fué cuando el hombre vestido de negro, se acercó, tranquilo, noble, digno, con su faz dolorosa de redentor, con su negro atavío y su andar reposado.

Había descendido del caballo y le había dejado al cuidado del espolique. Era indudable que se proponía terciar en la lucha.

No hay para qué decirlo, pues que el lector lo habrá adivinado. El nuevo personaje es el protagonista de nuestra narración. En la novela, como en el drama, no hay medio de presentar al princi-



pal actor sin cierta solemnidad aparatosa que fije sobre él, desde luego, la atención del público. En la obra á que se quiere imprimir cierto carácter artístico, ni hay medio de narrar todos los hechos ni de dar á todos los personajes igual relieve. Copia servil de la realidad, caería la acción en lo trivial y lo nimio. Así ¿qué hemos de hacerle? Agamenón se presentará siempre precedido de son de trompetas, y al paso de Edipo cantará su salmodia el coro.

En la vida no ocurre lo propio. La persona que ha de tener más poderoso influjo en nuestras acciones, la que ha de decidir de nuestro porvenir y nuestra suerte, pasa al principio, ante nuestros ojos, casi inadvertida. Se desliza en el escenario de nuestra existencia como un espectador ó, á lo sumo, como un corista más. Es luego, cuando en la complejidad de la vida, se entrelaza su voluntad con la nuestra y su destino se liga al propio, cuando conocemos, demasiado tarde no pocas veces, que por ella tendremos que luchar ó que por ella deberemos morir. Así se muestra en la vida el protagonista.

Fué para el de nuestra novela la resolución cuestión de un momento. Sujetó con vigorosa mano al perro por la garganta, y una vez que le hizo soltar su presa, con un movimiento de suprema energía arrojó al animal por la pendiente haciéndole rodar hasta el río.

Incorporóse después sobre Nila que se había desmayado, cubierta de sangre, de lodo, de oprobio, de desesperación y de lágrimas, y comenzó á enjugar sus heridas con el pañuelo.

Sacó del bolsillo un estuche y, mientras los verdugos le contemplaban absortos, cortó tiras de aglutinante con las cuales fué sujetando los bordes de la herida producida por las dentelladas de Tigre.

El grupo silencioso le dejaba hacer. Por primera vez debieron aquellos hombres avergonzarse de su conducta, de su crueldad, de su misma ridícula indumentaria.

Levantóse por fin el viajero, sin que en su semblante se observara alteración alguna; adelantóse hacia los verdugos con paso sereno y, como si comprendiera que allí debía estar una autoridad que no acertaba á reprimir semejantes desmanes, preguntó con voz dulce y sonora:

— ¿Quién es aquí el Alcalde?

— Servidor de usted — contestó turbado el payaso.

Entonces el joven, concisamente, como si nada hubiera ocurrido sobre aquella ladera que inundaban las sombras, dijo con naturalidad completa:

— Soy el nuevo párroco.

■■■■■■■■■■



II

DE OCTAVIA Á CÉSAR

«Sé que has llegado; vete.

Vete; porque sólo una funesta fatalidad ha podido traerte aquí. El tiempo, la traición, la desgracia nos han separado y no podemos jamás unirnos.

Has llegado sembrando el bien y eso me asusta. Si hubieras venido amenazador, iracundo, implacable, me hubiera aprestado á la defensa. Llegas sereno, piadoso, revestido del hábito sacerdotal y te temo.

Te temo, porque sé que me quieres aún, porque conozco tu carácter indomable, porque sé que no olvidas.

Y me temo además á mi misma, que, al saber tu llegada, he sentido en mi corazón revolverse muchas cenizas, cenizas que me queman, que siento que pueden abrasarme, con daño del hombre que me ha dado su mano, con menoscabo de tu dignidad propia, con ofensa de Dios.



Vete.

Pero vete haciéndome cumplida justicia, conociendo el motivo de mis determinaciones más íntimas, perdonándome como hombre y como sacerdote.

Y déjame renovar mis recuerdos, románticos sin duda, pero los únicos que me hacen vivir. La vida sólo es bella á título de idealidad; cuando esa idealidad se pierde, la vida no vale ni siquiera el trabajo de ser pensada.

Era allí en Villarroca, ¿te acuerdas? Tu jardín estaba junto al mío y ambos á la orilla del mar. Por las noches, cuando el viento producía en las sombras un rumor solemne, no se sabía si era la brisa quien columpiaba los nidos en los ramajes ó el mar el que cubría con sus espumas las madrigueras.

Con todo el vigor y la agilidad de tus diecisiete años, saltabas por las noches la cerca de follaje y espino y venías á jugar á mi lado, á hablarme de las estrellas que refulgían, de la luna que parecía rodar entre nubes, de proyectos que ibas á realizar, para unirte conmigo para siempre. Un día te enredaste en la cerca hiriéndote las manos y, al acorrerte, heríme yo también. Aquella sangre que mezclamos me pareció un augurio fatal. Presentí que ya no podíamos separarnos sin herirnos, como nos habíamos herido para estar juntos.

Nuestros padres alimentaban la pasión que en

nosotros ardía. Estaba decidido que seríamos el uno del otro. Una noche te pregunté lo que harías si yo te olvidara y me casara con otro hombre. Tu contestación fué decirme lacónicamente que eso jamás sería y que, si lo fuera, sabrías lo que tendrías que hacer. Pues bien, al día siguiente de casarme recordé tu contestación y quedé aterrada. Conocí que habría de encontrarme contigo algún día, y ese día se me presentaba tanto más temible, cuanto era para mí un indescifrable misterio.

Te separaste por fin de mí. Querías seguir una carrera, asegurar tu porvenir y el mío. La víspera de tu partida nos reunimos otra vez bajo los tilos. El mar fulguraba allá abajo como un espejo metálico y un olor penetrante de dondiegos y madre-selvas nos hacía desvanecer. Yo me arrojé en tus brazos con el temblor supremo de la caída en el infinito. Tú besaste mi frente y me dijiste: «Levanta; quiero dejarte inmaculada, como te he de encontrar; pero sabe que solamente puedes ser mía y que no habrá lazo, ni obstáculo, ni ley alguna que baste á impedirlo.»

Partiste y un año entero estuve bajando todas las noches al jardín, á jurarme á mí misma, allí, en el teatro de nuestras venturas, que no te olvidaría, á evocar el eco de tus palabras, acompañadas tantas veces del rumor de aquel mar que arrasaba en sus ondas las hojas secas.

Pero un día mi padre me llamó á su despacho,



para hablarme reservadamente. Estaba como nunca grave y taciturno. Una catástrofe terrible le amenazaba, y yo sola podía salvarle.

Enredado en peligrosas negociaciones, había arriesgado su capital enteró y ahora lo consideraba todo perdido, incluso el honor. Pero su principal acreedor era Enrique Gonzaga, el cual podía dilatar el pago, dar tiempo á mi padre para realizar todos sus bienes y salvarle en suma.

Enrique Gonzaga pedía mi mano.

No tuve tiempo de vacilar. En todo consentí con tal de salvar á mi padre; á mi padre que, dos meses después, moría de un derrame seroso, dejándome sola en el mundo con Enrique y con tu culpable recuerdo.

Dios no ha querido santificar esta unión. En seis años de matrimonio no hemos tenido hijos. Ellos hubieran sido mi consuelo; sin ellos conozco que mi desdicha es irremediable.

Enrique es bueno, cariñoso, honrado, inteligente. Tiene un corazón digno y merece ser amado. Pero yo había puesto toda mi esperanza en ser madre. Conocía que así me santificaba, que sería perdonada por ti al presentarme con un niño en los brazos. Así, todo se lo hubiera perdonado á Enrique: el desamor, la indiferencia, la infidelidad, todo, menos no hacerme madre. Entre el pasado y el porvenir hubiera yo deseado colocar á la naturaleza. De seguro te hubiera olvidado. No hay

lecho odioso ni mujer que quiera ser criminal, cuando á su lado se columpia una cuna.

Sé que mi padre te escribió á Madrid participándote mi boda. Nada contestaste y llegué á imaginar como un bien ¡yo que tanto te amaba! que me habías olvidado por fin. Enrique adquirió en este pueblo una granja y aquí he venido á pasar el verano y á esperar que él concluya ciertos negocios en Barcelona. ¡Cuál no habrá sido mi sorpresa, mi terror al saber que has llegado ayer!

Yo sé que jamás he de delinquir. Arrojada por Enrique al arroyo, golpeada, privada por él de sustento, no caería jamás en tus brazos. Mucho menos lo haré cuando me prodiga sus halagos, me adora y me respeta. Sé lo que á mí misma me debo. Sé, por fin, que me despreciarías y este desprecio me heriría en el corazón.

Segura estoy también de que tú no puedes buscarte. Te has hecho ministro de un Dios; y á ese Dios le has jurado no profanar tus manos que saben recibirle en el sacrificio, no manchar tus labios, que deben invocarle con palabras de amor, á una mujer miserable como yo.

Pero ¡ay! sé que no podremos olvidarnos, mientras estemos juntos. Cuando Enrique regrese de su trabajo ó de sus excursiones por el campo y deposite un beso en mi frente, aquel beso me quemará porque no podré recibirle ni siquiera con gratitud. Me parecerá que es de mi verdugo, del



sacrificador de mi dicha, del atormentador de mi alma. Al mirarle dormido, sentiré deseos de verter su sangre y, allá, en el fondo de mi corazón, me consideraré adúltera y criminal. No: Enrique no merece tanta maldad. Yo quiero ser fiel compañera de quien me dió su nombre, quiero ser buena esposa como hubiera querido ser buena madre.

Y tú ¡dolor me da pensarlo! Poseído de un amor maldito terrestre, no podrás elevar tus plegarias al cielo, porque no podrán ser la de un alma pura, y al alzar los ojos al tabernáculo, verás allí escrito mi nombre en letras de fuego, y al fin, después de haber perdido la dicha en este mundo, acabarás por perder también tu salvación en el otro.

No: eso no debe ser, eso no puede ser, por la sociedad, por la ley, por ti, por mí y por la fe misma.

Vete.

Y si es que esos juramentos, que á Dios has prestado, son falsos; si es que tu desesperación es tan grande que no respeta ni hogares, ni leyes, ni aras, ni sacrificios, ni cielos ni tierra, márame de una vez, pero no me sometas al tormento de verte, de escucharte, de creer contemplar en tus manos siempre la sangre del espino.

Vete y ruega por mí.

OCTAVIA.»

■■■■■■■■■■

### III

#### LA PATULEA

— ¡Si me vais á matar, condenados, más que recondenados!

— ¡Es Pepito que me ha dado un pellizco por debajo de la mesa!

— Diga usted, madre, que ha sido él quien me ha pegado un puñetazo muy grande y luego se ha puesto á hinchar los mofletes por burla!

— ¡Porque me has llamado soplafluelles!

— ¡Mamá, *tero* pan!

— Y tú ¡por qué le llamas eso á Luisito!

— ¡*Tero* pan!

— Porque siempre me está diciendo que no sé leer.

— Y dice verdad, que no sabes ¡tonto, más que tonto!

— ¡Eso! ¡Siempre le da usted la razón á él!

— ¡*Tero* pan!



— Toma pan, maldita de cocer, y á ver si te callas ó revientas! ¡Jesús, qué chiquillería, y qué vida tan arrastrada está una llevando!

— Mujer, ten un poco de paciencia.

— Sí: como tú te pasas la vida en la fragua, te figuras que es lo mismo pelear con estos bribones que machacar en el yunque.

— Bueno, pues ya sabes lo que ha dicho Séneca.

— ¿Qué ha dicho ese señor?

— Que hay que tener mucha paciencia en este mundo.

— ¿Sí? Se habrá quedado calvo el tío ese. ¡Que siempre has de estar sacando nombres raros! ¡Si tú no sabes una palabra de todo eso!

— ¡Madre, agua!

— ¡Agua va! ¡A ver si te ahogas!

— Pero ¿tampoco puede pedir el chico agua? ¡Rediez! ¿Pues no me la ha vertido encima?

— Se lo cuentas á Séneca. ¡Anda! ¡Esta sí que es buena. La bribona esa ha tirado toda la sopa en el mantel. ¡Dios mío! ¿habrá paciencia que baste? ¡Toma, toma!

— ¡Je... je...!

— Catalina, siempre acabas por darme la comida.

— ¡Claro! si tenía todo que pagarlo yo. ¡Mal hombre!

— ¡Tero pananos!

— ¡Toma garbanzos! ¡Pícaro!

— ¡Ay, ay, ay!

— ¡Uno que se cae con silla y todo! ¡Cuidado con Felipe! ¡Vaya un chichón que se ha hecho!

— ¡Ay! ¡Ay!

— Juanillo, ponle una perra en la frente.

— ¡Soplafuelles!

— ¡Madre! ¡Ya me está llamando eso Luisito!

— ¡Si no callas, te reviento!

— ¡Tero chicha!

— ¡Ay, ay, ay, ay!

— ¡Calla, que no se te saldrá el alma! ¿En dónde está Nicanor?

— En el taller. ¡Chico, sube!

— ¿Y ése no habrá comido?

— ¿Qué ha de comer? Y si vieras la gracia que ha hecho... Me ha roto la mejor lima que tenía.

— Si no te metieras á recoger los chicos de los demás... Con cinco que tenemos, ese es el único que nos faltaba.

— Pero me ayuda.

— A romper limas.

— ¡Sopla fuelles!

— ¡Tero chicha!

— ¡Benita, que te sacudo!

— Luis, no pegues á tu hermano! Ya se ha despertado el pequeño.

— A ver si le das una mala teta. Mira que de una mala teta se hizo el camino de Santiago.



— Sí, ven con bromitas.

— Vaya: ya hemos comido en paz y en gracia de Dios. Voy á ver si afilo los cuchillos que me ha mandado el cura nuevo.

— ¡Qué! ¿Viene á matar á alguien?

— ¡Matar él! ¡Si es un alma de Dios!

— Sí; todos son unos ángeles y luego acaban por marcharse del pueblo con todas las riquezas que hay en la iglesia.

— Pues éste te aseguro que no es así. En cuanto le vió Nicanor, dijo: Este señor es un santo.

— ¿Y Nicanor qué sabe?

— Nicanor lo sabe todo. ¡Valiente mozo está! En mi vida he visto muchacho más listo ni más estudioso. Desde ahora te digo que con el tiempo ha de ser un sabio y que no se queda en herrero.

— ¡Madre, que nos cansamos de estar aquí!

— Andad, ricos, bajad un poco á la calle. ¿Quién me va á dar un beso?

— Yo.

— ¡Y yo!

— ¡Y yo!

— ¡Y yo *tamén!*

— Límpiate, hermosa, la boquita. Así. ¡Mira, mira este otro cómo mama! ¡Qué hermoso está!

— ¡Como que es mi vivo retrato! A ése le hago herrero!

— ¡Cabalito! ¡Herrero!

— También lo fué Sixto quinto. Es decir, no sé si fué herrero ó pastor.

— Lo mismo tiene. ¿Conque el cura es una buena persona?

— ¡Un ángel! ¿Sabes lo que ha hecho? Llevarse á su casa á Nila, y dice que sólo con ella ha de vivir.

— ¡Bonita va á estar la rectoría!

— No lo creas. Nila es muy hacendosa y muy limpia, y no hostigándola, se la ve pacífica siempre. Lo más que hace es pasar las horas muertas haciendo como que acuna á un chico y cantando entre dientes.

— ¡Como tuviera tantos como yo!

— Maestro: ya están los cuchillos.

— ¿Cuántos has roto?

— Déjale al chico, que bastante desgracia tiene con estar solo en el mundo.

— Como solo no lo estoy, porque ustedes son muy buenos para mí y algún día puede ser que yo les corresponda.

— No, eso ya lo sé, que, si como tienes catorce años tuvieras veinte, serías un hombre de provecho.

— Eso es lo que yo quiero, poder demostrar á ustedes mi cariño.

— Anda, siéntate y come.

— ¡Buena está la comida! Todo lo han gachupeado los chicos.



— ¿Y qué importa? ¡Pobrecitos! Mejor me sabe así.

— Anda, corazón de oro; que eres más bueno que los ángeles.

— He ido á entregar la reja al Alcalde.

— De ella debía tirar.

— Y al pasar por la granja, he visto á doña Octavia. Me ha dicho que va á venir esta tarde á ver los chicos y el taller.

— ¿Será posible? ¡Una señora tan guapa y tan fina! ¡Chicos, arriba! Tengo que aviarlos, que estarán hechos unos Judas. Tú, Juan, tenme á Julito.

— ¡Ven con tu padre! ¿Pues no me quiere comer la cara? ¡Hermosote, bribón, golfo!

— No insultes al chico.

— ¿Qué quiere usted, madre?

— Que subáis y os dejéis lavar y vestir por Nicanor.

— Sí, venid conmigo.

— Con Nicanor, bueno, porque no nos hace rabiar.

— Le hacéis vosotros á él y es lo mismo.

— Nicanor, llévatelos á todos por la puerta falsa del corral y no los traigas hasta que estén aviados. Tú, Juanillo, vete también y entra en el taller, que allá bajaremos.

— ¡Ay, Catalina! ¿Qué será el tener hijos, que, cuanta más guerra dan, más se les quiere y no sentimos perder la vida por ellos?

— Yo no sé... pero me parece que es que hay una cosa... ¡vamos, no consigo explicarme...! una fuerza que nos obliga á pasar la vida de mano en mano, para que no se acabe y dure siempre, como Dios. Así esto de matarse y morir por los hijos; eso del amor de las madres, se me figura que viene á ser algo así... como la *querencia del cielo*.

■■■■■■■■■■